

Crónica de un aprendizaje vital

Pereira habla hoy en el Casino de su último libro, «Cuentos de la Cábila»

LEÓN. Verónica Viñas

No ha eludido Antonio Pereira el ejercicio de convertirse en protagonista de su propia obra. Siguiendo las directrices que marca la colección «Libros de la Candamia», que pretende recoger la experiencia vital de los escritores nacidos en esta tierra, Pereira relata un viaje iniciático en «Cuentos de la Cábila».



No es una simple biografía o el relato cronológico de unos acontecimientos. Parece, incluso, que el protagonista sea, en ocasiones, una excusa para dejar al fabulador -aunque sean la misma persona- que dé rienda suelta a su rico acervo cultural y vital. La evocación, lógicamente, está «deformada» por la distancia y la dulzura que Antonio Pereira impone a sus gestos, personales y literarios. No hay crudeza ni dramatismo, pese a que, evidentemente, sus recuerdos lo son también de la guerra. El escritor nacido en Villafranca repasa -con esa mirada ingenua que ha sabido preservar- la historia de unos sucesos, sentimientos y paisajes, en los que subyace siempre la fina ironía del autor de «País de los losadas», «El síndrome de Estocolmo», «Los brazos de la i griega» o «Las ciudades de Poniente». Ese humor que sólo alguien que es verdaderamente inteligente puede emplear a fondo consigo mismo: «Me habían llevado al oculista de la plaza, de allí salí con la receta para el óptico y el mote de *Cuatro-ojos*, que me llamaban las chicas y no debería molestarme, por lo facilón, pera me molestaba. Me fui retirando de los juegos violentos y leía mucho. Para colmo, escribía reseñas en el periódico de la provincia. «Enhorabuena a un valiente como usted que a su edad se atreve a lanzarse a la palestra del periodismo», fue la carta del director cuando me aceptó de corresponsal local».

Dice el profesor Nicolás Miñambres que Pereira «sigue siendo un maestro del quiebro de los desenlaces, de los finales inesperados...». El profesor José Enrique Martínez adelanta que en «Cuentos de la Cábila» «la realidad autobiográfica, matizada por un fino sentido de la ficcional, convierte cada capítulo en un



verdadero cuento». Y es que Antonio Pereira es un maestro del relato corto, ese que muchos grandes escritores se resisten a abordar.



No deja de resultar emotivo en algunos pasajes, cuando explica que «también en nuestro barrio, que llaman el Otro Lado, y más intencionadamente la Cábila, tenían su casa solar dos miembros del alto clero... Con esas salvedades y pocas más, éramos gente que algunos señores de la plaza y su entorno miraban por

encima del hombro».

A partir de esta visión infantil tan certera de la sociedad de finales de los años veinte en una pequeñísima ciudad de provincias, el escritor villafranquino va reconstruyendo los recuerdos que marcaron sus primeros años. La vida podrá ser dura, grosera, miserable o cruel, pero el tiempo y ese temperamento entre irónico y comprensivo que aflora en la personalidad de Pereira, irá trocando la historia en un relato absolutamente entrañable y poético...

